

**Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort
(comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*,
México, Conaculta/Fondo de Cultura
Económica, 1996, 558 p.**

Guillermo Palacios

Hace ya casi una década, Pierre Nora publicó un libro (*Essais d'égo-histoire*, París, Gallimard, 1987, 369 p.) en el que reunía testimonios de vida de un grupo de historiadores franceses de primera línea (Agulhon, Chaunu, Duby, Le Goff, entre otros). Los textos, autobiográficos, hablaban de las vivencias profesionales de ese grupo de notables y, particularmente, de sus relaciones con el oficio que ejercían. La selección obedecía naturalmente a criterios personales del compilador, aunque se percibía a primera vista una regla de *seniority* como línea ordenadora. Aun así, ni eran todos los que estaban ni estaban todos los que eran. Se sentía la ausencia de Vilar, de Soboul y Braudel, de Goubert y Le Roy Ladurie, para mencionar sólo a los veteranos más conocidos en ultramar. Evidentemente, esto no restaba ningún valor a la novedosa tentativa, pues la falta de uno de los mencionados no comprometía en nada el testimonio de los presentes ni las eventuales "enseñanzas" que se podrían obtener de

ellos, ya que la obra no tenía mayor ambición que la simple reunión testimonial. En 1993, retomando la idea —aunque no el modelo— de Nora y excediendo el ámbito estricto de la historiografía, Jean Meyer hizo lo propio en México al reunir *egotextos* de ocho renombrados intelectuales (Alatorre, González y González, León-Portilla, López Austin, O'Gorman, Paz, Villoro y Zavala) sin obedecer, en palabras del coordinador, a "más selección que la del azar, comparable al amor a primera vista, y la de la diversidad". El punto de unión habría sido, si acaso, la naturaleza vital que la profesión escogida representaba en el existir de esas personas. El libro fue publicado por el CEMCA, con el título de *Egohistorias: el amor a Clío*, en una pequeña edición de mil ejemplares. En un breve prólogo, Meyer advertía sobre las semejanzas y diferencias de su compilación con la emprendida por Nora y, al mismo tiempo, con "la encuesta" que en aquellos momentos

realizaba, paralelamente, Enrique Florescano.

Los resultados de esta última acaban de salir finalmente a la luz en un grueso volumen de más de 550 páginas, encuadernado en pasta dura, con tiraje inicial de 2 000 ejemplares y aspiraciones incomparablemente mayores que las de sus inocentes antecesores. A todas luces, quiere ser una especie de inconfesado *Who is Who* de la historiografía mexicana contemporánea, con entradas selectas para practicantes del siglo pasado, como García Icazbalceta y Sierra, autores que se juzga tuvieron influencias duraderas en el XX. Ambicioso por el tamaño de su catálogo y por su título definitivo (que, aunque con el cuidado de evitar la pretensión canonizante que hubiera significado el *Los*, podría haber sido más aceptable con un *Algunos*, pese a las protestas del editor), el libro, como toda antología, está involuntariamente diseñado para provocar insatisfacciones —algunas extremas—. El autor de esta reseña, por ejemplo, torpe y mal informado, recién llegado al país, pensó al verlo que se trataba de un estudio de crítica historiográfica en el México del siglo XX, y se entusiasmó y admiró por lo que suponía ser el acierto, la ambición/audacia y, hasta cierto punto, lo inédito de un trabajo de esa naturaleza. Pero a la admiración siguió el desencanto: se trata de una compilación de semblanzas biográficas de muertos y autobiografías de vivos y vivas. A la constatación siguió entonces una serie de preguntas heréticas, producto de la ignorancia y de la obsesión utilitaria del reseñista, que pueden resumirse en ésta: ¿para qué, o a quién, sirve un libro así?

Como lector disciplinado, acudí al prólogo de los compiladores en busca de pistas para el entendimiento. En él, Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort nos dicen que el libro quiere colaborar para disminuir la laguna en torno “de las numerosas escuelas y tradiciones fundadas por los historiadores mexicanos” y proporcionar una obra que “describa sus contribuciones y señale los perfiles de su trabajo”. Aunque la primera intención deba ser loada por agregar una contribución mexicana a la cultura universal y pueda tener, de hecho, un gran impacto transnacional en caso de que se compruebe que, en efecto, hubo historiadores mexicanos que *fundaron* “escuelas” y “tradiciones”—cosa que ni está a la vuelta de la esquina ni los compiladores se arriesgan a explorar más allá de su simple formulación—, la segunda, que es la que el libro realmente cumple, parece tener una muy limitada utilidad académica, por no decir una cierta insustancialidad general. (Pese a que en el terreno de la didáctica, miope reseñista, se pueda argumentar que siempre es bueno tener breves biografías y autobiografías de científicos sociales a la mano, ni que sea para facilitar la elaboración de notas de pie de página.)

Dice el prólogo, además, que la obra “ofrece un compendio de las formas de pensar y escribir practicadas en el siglo XX”. Es probable que esto proporcione claves para explicar los criterios de selección que hicieron que autoridades del calibre de José Miranda fueran excluidas, proba-

blemente por considerarlas “repetitivas” (por ejemplo en relación con el escogido Zavala), y que, por otro lado, fueran llamadas otras, como Solange Alberro, una de las solitarias practicante de la historia de las mentalidades en México, o Arnaldo Córdova, aparentemente seleccionado para representar a la historiografía marxista (¿Gilly no? ¿Semo no?). Sin embargo, si éste fue uno de los criterios —y la inclusión de Gruzinski parece reforzar la hipótesis—, toda la historiografía feminista, por ejemplo, o la especializada en la historia de la educación (excluyo aquí a Josefina Vázquez porque su obra es muy diversa), están ausentes. Falta también, en su totalidad, el grupo original que Gaos formó en historia de las ideas: Villoro, el joven González Casanova, Leopoldo Zea, Elsa Frost..., sin contar con ramas temporalmente medio deshojadas, como la historia diplomática, o con espacios que nacen y se proyectan hacia el futuro en esta colita del siglo, como la historia de la frontera y los estudios chicanos. A la luz de estas omisiones preferenciales, ¿cómo concordar con los compiladores sobre la naturaleza “panorámica”, “representativa” de la obra? ¿Cómo aceptar que compone “este cuadro de historiadores del siglo XX” para presentar materiales que permiten observar “las concepciones de la historia vigentes en el siglo XX”? (p. 7, cursivas mías).

Para explicar las inevitables ausencias, hiperbólicamente llamadas de “abarcar lo inabarcable”, se dice entonces que en realidad la obra pretende “ofrecer al lector una muestra representativa de la obra y el pensamiento de *algunos* de los que contribuyeron a

definir los rasgos sobresalientes de la literatura histórica del siglo XX” (p. 8, cursivas mías). Pero aquí hay, como siempre, concepciones discutibles de lo que es hacer historia y, en especial, historia de la historiografía. Primero, el *algunos*, con su natural indefinición, debería estar aquí claramente definido. Segundo, ¿cómo decir que la obra de los que aún están vivos ya sirve para construir un juicio histórico definitivo sobre su contribución, como el expresado en la frase citada? ¿Quién garantiza que no venga uno de esos malvados (y, por lo general, jóvenes) historiadores revisionistas en un futuro no muy lejano y defina, ya con la perspectiva temporal que le da a la historiografía una de sus bases “científicas”, quiénes *realmente* sí y quiénes no? Se huele algo de prematuro (y apresurado) en esa ambición de querer ser el que diga: “con estos historiadores se define lo que fue la escritura de la historia de México en el siglo XX”. Además de que argumentar en sana conciencia que esa historia, como obra “científica”, haya sido *básicamente* el resultado del trabajo de los 44 practicantes incluidos (16 y 28, más vivos que muertos), como está implícito en la compilación, es un ejercicio acríptico de subjetividad y afinidades electivas. Cerrar de esa manera el cuadro es afrontar peligros semejantes a los que afronta toda historia de lo contemporáneo: falta de perspectiva, procesos (en este caso, *operas*) que todavía no están concluidos y respecto a los cuales el juicio histórico no es nada más que una predicción

aventurada (hay autores que, como tantas eminencias en épocas pasadas, difícilmente sobrevivirán a su propia contemporaneidad). Otra afirmación polémica del prólogo (aunque tal vez sería más apropiado considerarla como un resbalón en la retórica) consiste en dejar sentado que el “conjunto de las semblanzas y los testimonios muestran los diferentes rostros que asumió la narración histórica en nuestro país a lo largo del siglo”. No los muestra, pues los “rostros de la narración histórica” no se definen por lo que sus autores piensan de sí mismos, sino por un trabajo serio de evaluación que no considere nada que no sean criterios *objetivos*, hasta donde esto es posible, para analizar la calidad de las obras. Y aquí el libro se parte en dos: un segmento de estudios más o menos críticos de los desaparecidos y una sección que quiere ser prudentemente neutra y ajena, en la que los presentes hablan (pachorrudamente) de sí mismos, ofreciendo, aquí y allá, algunas consideraciones interesantes sobre sus concepciones de la historia.

Como no podía dejar de ser, *Historiadores mexicanos* tiene grandes irregularidades en el capítulo del contenido, aunque los compiladores se hayan esforzado por manejar la simetría como base de su estructura y por uniformar los textos dentro de un universo de asuntos contenido en un cuestionario (no publicado): el libro está dividido a la mitad en “semblanzas” y “testimonios”, esto es, en muertos y vivos, como si una mitad de los historiadores mexicanos del siglo XX ya estuvieran vivos o muertos y sólo los de la otra mitad continuaran vivos. Los textos, por lo

demás, son muy variados: entre las “semblanzas” las hay biobibliográficas, como las de Sierra (A. Lira), Gamio (Matos Moctezuma), Toussaint (J. A. Manrique) y Ángel M. Garibay (León-Portilla); hay trabajos que estudian aspectos específicos de la obra de ciertos autores, como “Alfonso Caso y la arqueología de Oaxaca” (M. Winter), con bibliografía y todo, o el texto de Lockhart sobre “Charles Gibson y la Etnohistoria del centro de México después de la conquista” y “Gonzalo Aguirre Beltrán: Historia y mestizaje” de G. de la Peña, que quedarían mejor en libros de “homenaje” a los respectivos autores; hay verdaderas monografías, como la de Krauze sobre Cosío Villegas, de 35 páginas, o la también extensa de Saborit sobre O’Gorman, mientras que la mayoría de las contribuciones no rebasa las 15 cuartillas, situándose preferencialmente abajo de 10 (aunque don Wigberto Jiménez Moreno le merezca a Carlos Martínez Marín 34 laudas de una “semblanza académica”). El resto, “la otra mitad”, se encuentra compuesta de *egotextos* pertenecientes a 28 historiadores e historiadoras vivos y vivas, también de variada extensión e interés, de los cuales pocos, a causa de la calidad literaria de sus autoautores, son realmente sabrosos y divertidos. Pero en todos, vivos y muertos, predominan la alabanza y el culto ciego de la profesión.

En la parte inevitable de toda reseña donde se enjuicia a los autores/compiladores, no por lo que hicieron sino por lo que dejaron de hacer, hay que decir que nuevamente estuvo

a punto de lograrse una buena idea, como habría sido la de promover estudios *críticos* y no meramente laudatorios en torno de la historiografía nacional y de sus autores. Como todos sabemos, crítica y no apologética (aunque tampoco saña ni vendettas) es lo que nuestras ciencias sociales y humanidades están pidiendo a gritos. Por otro lado, probablemente si pensáramos en el mercado de las facultades de historia podríamos reducir o eliminar la sensación ambigua que produce el libro: es posible que sirva como útil (y caro) complemento de las clases de historiografía mexicana. Sin embargo, aun así: ¿un libro parcialmente compuesto por pequeños actos autoalaborios servirá para que las nuevas generaciones de candidatos a historiador aprendan a

emular a sus maestros y a escribir después sus propios egotextos?

Tal vez si el reciente y bien divulgado ensayo de Gabriel Zaid sobre el exceso de libros que aqueja, como plaga, a nuestra civilización, cualquiera que ésta sea, hubiera salido antes de la concepción de esta obra, tal vez entonces, decía, los autores de la idea, Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, diligentes artífices historiográficos (que excluyen, por elemental elegancia, sus propias *egohistorias*), hubieran pensado dos veces su intención antes de concretarla. Aunque, pensándolo bien, tal vez no, pues de unos años para acá parece ser que también cierta irracionalidad, si es *productiva*, puede tener sus cuotas en la creación académica mexicana.